



ORESTES Y PÍLADES

I.

Entre mis amigos de la infancia, Víctor Rubio me era el mas simpático, y por eso seguí cultivando su amistad.

Victor reunia excelentes condiciones de carácter; era franco, alegre, amigo de los placeres, y aunque de fortuna mediana, gastaba espléndidamente y se daba buena vida, derrochando con sus amigos sin regatear.

Un día Víctor disminuyó sus gastos: vendió el carruaje y los caballos y dejó de cenar en Fornos. No solo se había comido todo su patrimonio, sino que resultaba atrapado con un prestamista ó usurero en diez mil duros.

Cómo consiguió hacerse prestar ésta suma de D. Judas Iscariote, ha sido siempre un misterio para mí, y lo será probablemente siempre para mis lectores. Pero lo cierto es que Víctor los debía, como debía aun algunos picos sueltos.

Victor hizo un arreglo con su acreedor. Este se encargaba de pagar sus demas deudas, y mi amigo se obligaba á renunciar por escritura pública, la herencia de su padre, la cual montaba, cuando menos, á mas de un doble del préstamo, pues sus haciendas de labor allá en la Mancha, valian seguramente mas de veinte y cinco mil duros.

Ambos adquirian así su tranquilidad: el uno dejaba de perseguir y el otro de ser perseguido: el uno adquiria la seguridad del pago, y el otro la de pagar; los dos ganaban.

II.

Algun tiempo despues mi amigo Víctor caia enfermo. Yo fui á verlo en cuanto me enteré.

Cuando entré en su cuarto, vi que otro se me habia anticipado. Este otro me era absolutamente desconocido; jamás lo habia visto con Víctor, y sospeché seria un pariente suyo, venido de la provincia.

De todos modos debia querer mucho á Víctor porque jamás una madre á la cabecera de su hija adorada, una esposa á la de un marido amante, un hijo á la de su madre idolatrada, desplegaron tanta abnegación, tanta solicitud, tanto cuidado, tanta dulzura, tanta paciencia como aquel desconocido con Víctor.

Todo el tiempo que duró la enfermedad estuvo aquel hombre establecido dia y noche en el cuarto, velándolo con una constancia admirable. El le arreglaba la almohada, lo cubria, le daba las medicinas, y palidecia cuando Víctor palidecia, y se sonreia cuando Víctor mejoraba algun tanto. Yo estaba encantado.

Era cosa de creer en las almas gemelas.

III.

Lo que mas me sorprendia era la indiferencia con que Víctor recibia todas aquellas pruebas tan raras de afecto.

Mientras yo le levantaba una estatua en mi corazon, encantado de tanto heroismo, Víctor, á cada nueva prueba de afecto, se incomodaba: jamás habia creído encontrar en mi amigo tan negra ingratitud, pero el desconocido las recibia con paciencia suma, sin que disminuyera en lo mas mínimo su celoso afecto.

Un dia asistí al primer almuerzo de Víctor, que se hallaba convaleciente.

—Prueba ese vino, me dijo.

—Diablo! exclamé despues de haberlo gustado; cosa buenal

—Verdad?

—No debia beberse este vino mas que de rodillas. Te habrá costado muy caro?

—A mí?... nada. Es este tipo quien lo ha descubierto y pagado, y aun obligado á que lo acepte.

Yo miré á Víctor inquieto por el epiteto y luego al desconocido, pero el semblante de éste estaba lo mas tranquilo del mundo.

—Con diez botellas mas de este anciano borgoña, cuento que pronto estará V. restablecido de un todo y mas fuerte que un roble.

En otros tiempos este hombre hubiera sido un San Vicente de Paul.

IV.

Libre ya de la fiebre, Víctor cayó en otro mal mucho peor: su porvenir.

Y este era un mal sério, puesto que se habia desprendido de su herencia; pero Víctor tenia un carácter enérgico, y tuvo el valor suficiente para romper con todas sus amistades de Club y de café, y comenzó la carrera de abogado, dispuesto á crearse un destino honroso.

Yo le animaba en sus buenos propósitos, y el desconocido, que no habia dejado de visitarlo, lo animaba tambien, pero aconsejándole la moderación.

Una mañana que me hallaba en casa de Víctor, cuando este iba á almorzar una taza de té con manteca, entró el desconocido, quien exclamó:

—Ya os cogí otra vez, y mientras decia esto colocaba sobre la mesa un hermoso pastel de faisán.

Victor se quedó petrificado.

—Quiere V. no aburrirme mas! gritó fuera de sí.

El desconocido se volvió hácia mí y dijo con mucha flemma:

—Lo hago á V. juez en esta cuestion. ¿No es suicidarse almorzar eso, un hombre que se habia acostumbrado á comer tan buenas cosas.

Victor tarareaba una cancion cualquiera, nervioso y escitado.

—Vamos, coma V. de ese pastel...

—No, señor, no lo probaré; prefiero mil veces el té con manteca, exclamó rojo como un tomate.

Entonces el desconocido, sin perder su calma, cogió la taza y el platillo, arrojándolo todo por la ventana.

Victor se levantó azul violeta, y dirigiéndose al desconocido, gritó:

—Un dia haré una bestialidad!

—Vamos, coma V. de ese pastel.

—No, señor.

—Si, hombre, si; V. acabará por comerlo.

Victor cayó, mas bien que se sentó, en su silla.

El desconocido partió el pastel.

—Vamos, un poquito, y un vaso del generoso borgoña.

—Bueno, si; comeré porque me estoy muriendo de hambre, dijo. Y Víctor se comió todo el pastel.

Aquella ingratitud me indignaba.

Muchas veces quise preguntar á Víctor quien era aquel caballero y porque lo trataba de aquel modo, pero como jamás lo hallé solo, no pude satisfacer mi deseo.

V.

Victor se encontró un dia á uno de sus antiguos camaradas, quien se burló de él por su súbita desaparición.

De broma en broma, llegaron á las palabras agrias, luego á las recriminaciones, y por último á las injurias.

Algunas horas mas tarde dos jóvenes se presentaron en casa de Víctor, á pedirle una satisfaccion. Víctor respondió que él enviaria dos personas que se entendieran con ellos.

—Cuento contigo, me dijo.

—Yo justificaré tu confianza, le repliqué.

En esto entró el desconocido.

—Caramba, dijo Víctor, aquí está el otro.

—¿De qué se trata?

—Hombre, V. que siempre se muestra tan complaciente, bien puede V. prestarme ahora un favor.

—Cual?

—Servir de testigo en un duelo.

—En un duelo?... dijo palideciendo.

—Sí, señor, en un duelo. Esta mañana tuve un lance.

—Y por qué salió V. esta mañana?

—Hombre, pues si no pudiera salir, estaria aviado. Pero, vamos á ver, quiere V. servirme de testigo?

—No, señor, exclamó el desconocido de mal humor.

—Lo esperaba, dijo Víctor.

—Un duelo... un duelo... en su posicion de V. no se insulta á nadie; y cuando se tiene la desgracia de hacerlo, se dan excusas, se pide perdon...

—Pero, hombre, si he sido yo el insultado...

—Bueno ¿y qué? si lo han insultado se contesta con otro insulto, y si pegan se responde á cachetes, y cuando no se es el mas valiente, se llama á la guardia.

—Vamos, usted no sabe lo que es honor!

—Sí, señor, yo sé lo que es honor: honor es no dejarse matar como un estúpido.

—Bueno; basta de conversacion: yo buscaré otro padrino.

—No tanto, no tanto; pero dígame V. al menos quien es el contrario.

—Pepe Romeo.

—Pepe Romeo, lo conozco; bueno, acepto.

El desconocido comenzó á pasear por el cuarto, sumamente agitado. De pronto coge el sombrero, y, sin despedirse, salió escapado como alma que lleva el diablo.

VI.

Viendo aquella escapada, juzgué que no querria auxiliarnos, y fui á buscar un amigo para que me secundara, dispuesto á arreglar el asunto.

Nos dirigimos á casa de los padrinos del adversario, quienes nos digeron que no podian entrar en tratos con nosotros, puesto que estando basado nuestro duelo en una pequeñez, habia que atender primero á un caso mucho mas grave; pero que lo dejaríamos pendiente.

Enseguida fui á dar cuenta á Víctor del resultado de nuestra entrevista, y en cuanto me oyó, dijo dándose una palmada en la frente:

—Seguro que es ese hombre!...

—Pero me quisieras explicar quien es?...

—Sí, yo te explicaré otro dia, pues hoy necesito averiguar lo que ha pasado.

Dejé á Víctor, y al dia siguiente volví á verlo, para hablar de su duelo.

—Eh? que te decia yo? ahí lo tienes.

—¿A quien? el qué?

—El. En cuanto salió de aquí ese hombre se dirigió á un café en donde sabia que estaba Romeo, y al verlo, sin dimes ni dirites, ni explicacion de ningun género, se lanzó á él y le dió dos bofetones mayúsculos.

—¿Y porqué hizo eso?

—Caramba, para bairse con él antes de que tuviera lugar nuestro duelo. Hoy por la mañana se han batido, y Romeo ha sido herido de un balazo en el hombro.

—Vamos, se ha portado como un hombre.

—Se ha portado como un canalla, y sino fuera mirando... pero ya me las pagará todas.

VII.

Lleno de admiracion por aquel hombre tan noble y generoso, me dirigí á su casa para darle mi enhorabuena, y las gracias en nombre de Víctor.

Apenas habia nombrado á mi amigo, cuando exclamó interrumpiéndome:

—El reconocimiento de Víctor?... valiente reconocimiento... un hombre que me odia por lo menos tanto como yo á él.

—¿Que V. le odia?

—Sí, señor, de todo corazon.

Yo estaba estupefacto, y no sabia qué decir.

—Pues entonces, todas esas pruebas de amistad...

—Si viera V. cuanto las siento. Pero tenia que hacerlas, y lo que es peor, tendré que seguir haciéndolas.

—Pues no lo entiendo.

—Sí, señor; mi conducta tiene una explicacion. Yo odio á Víctor y él me odia á mí, pero mientras él viva nadie le tocará á un cabello, porque su vida me es tan preciosa como la sangre que me alimenta, y por eso lo he cuidado en su enfermedad, y por eso, durante su convalecencia le he servido los vinos mas exquisitos y los platos mas delicados. Su muerte seria mi ruina, porque con ella perderia 25 mil duros.

Todo lo comprendí: aquel hombre era D. Judas Iscariote.

VIII.

Toda historia necesita un desenlace: por eso yo voy á dar uno á la mia; y allá vá ese.

Un dia que departia con los dos, cuando la situacion se iba poniendo insostenible, les dije:

—Señores, os propongo un arreglo.

—Cual? digeron ambos.

—Yo doy á V. en nombre de Víctor, el dinero prestado; V. pierde los intereses y rompe la escritura de cesion de la herencia delante de nosotros.

Ambos aceptaron, y al dia siguiente comimos en Fornos para celebrar el arreglo, y desde entonces perdimos á D. Judas de vista.

IX.

Algunos años despues me pagó Víctor religiosamente.

SANSON.

Cuando ya teníamos perdida la esperanza de vernos favorecido con un nuevo escrito de la distinguida dama que se oculta bajo el pseudónimo de *Safo*, hemos recibido el que hoy publicamos, y que es una fina y espiritual sátira contra algunos tipos sociales.

LOS PARA-RAYOS

PARA-RAYO.—S. m. Fis. Aparato destinado á proteger los edificios contra los efectos de la electricidad atmosférica.

Así se explica el diccionario refiriéndose al descubrimiento de Franklin. Pero, como siempre, el diccionario no dice mas que lo que quiere decir, y no lo que debia decir.

El para-rayo será eso, no lo niego, pero es otra infinidad de cosas además y se encuentra en todas partes.

Y sino, vamos á ver ¿qué buscan esos filántropos de callejuela, que gritan como desposeídos en nombre del pueblo, y piden pan y trabajo, cuando ellos son los primeros en reírse del mansísimo cordero.

Un para-rayo.

El doctor Z... Buen tipo: cabellos blancos, gafas de oro; el inventor y perfeccionador del para-rayo medical. Entra en casa de un enfermo: su primer cuidado es colocar el para-rayo.

Me explicaré. Todo médico de buena fé que asiste á un enfermo, dice desde que lo vé:—«Esto es grave», ó bien «Esto no es nada». Pero el doctor Z... se guardará muy bien de hacer lo mismo.

Después de pulsar al enfermo y verle la lengua, dirá:

—Bien, bien, esto vá bien, y *con tal que no surjan complicaciones*.

Eh? Si sana el enfermo qué ciencia; si muere qué presciencia. El doctor Z... puede perder todos sus enfermos; á nadie le extrañará; él lo había previsto.

En una reunion se habla de la señora de A... Uno de los presentes cuenta una historia en que se hallan mezcladas esta dama y el conde de R...

—Calle usted; si el conde de R... no la visita si quiera. De quien se hablará será del baron de P... que está siempre á su lado.

—No, señor, el baron, es el para-rayo. Si alguna vez el marido quisiera representar el Oteló, de nadie sospecharia como del baron.

Pues y el banquero?—La escena representa una reunion de accionistas. El director toma la palabra:

«Señores: el negocio marcha bien: las minas producen tanto; los canales mas cuanto. Nuestras acciones hacen prima, y si alguien se permitiera dudar de nuestras operaciones no tiene mas que fijarse en los *honorables* nombres de las personas que forman el Consejo de administracion. El Excmo. señor Duque de la Pestaña; el Excmo. Sr. Marqués de Aguarrás; el Excmo. Sr. Conde del Bigote; el general Tormenta, y el banquero Bancarota: todos grandes cruces, todos ex-ministros y todos ex-millonarios».

Grandes aplausos: los accionistas dan un nuevo dividendo.

Al dia siguiente quiebra la sociedad.

La ley prohíbe los juegos de azar.

El Estado crea la lotería y la Bolsa.

Grrrran para-rayo!

Para-rayo del comercio.

¡Liquidacion! ¡Barato! ¡Quemazon!!!

Un parroquiano.—Me hace V. el favor de veinte varas de holanda, de esa que se anuncia á peseta?

El dependiente.—Ahora mismo se ha concluido; pero nos queda esta otra á treinta reales vara, que es muy superior, por etc. etc.

—Venimos en nombre de nuestro amigo M... á quien usted ha insultado.

—Un duelo? Sí, señor, acepto.

PRIMEROS PADRINOS.—Nosotros tenemos encargo de ver si arreglamos el asunto.

SEGUNDOS PADRINOS.—Exactamente lo mismo que nosotros.

Todos.—Bravo; almorzaremos en la fonda.

Para-rayo del valor.

Para-rayo de la inocencia.

Un novio á su novia.—Me quieres mucho. Adela?

La novia á su novio.—Con toda el alma.

Un novio á su novia.—Mira, Adela, dame una mano que yo pueda estampar en ella el sello de mi amor.

La novia á su novio.—Luis, por Dios, qué te has creído? Esa proposicion me ofende.

Al cabo de un rato.

La novia á su novio.—Y dime Luis, ¿cuándo nos casamos? Te amo tanto!

Para-rayo del sentimiento.

—Jamás, jamás olvidaré á mi difunto esposo. Era tan buenó, tan amante. Oh! mi dolor será eterno. No encontraré otro. Y luego una viuda sola; todo el mundo se burla de ella, todo el mundo la engaña: una muger sin la sombra de un hombre, está perdida.

Para-rayo de la literatura

SAFO.

DISTINGO

Don Pedro Perez Armigo
intendente jubilado
vive en Madrid ocupado
en educar á su hijo;
un Pepe crecido ya
y tan gran calaveron
que sin ninguna aprension
se burla de su papá.
Don Pedro todo lo pasa,
por mas que el pobre lo siente,
pero lo que no consiente
es que no duerma en la casa;
mas Pepe por no variar
obedece de manera
que ni una noche siquiera
duerme en el paterno hogar.
Se enteró el señor Armigo
de esta falta de obediencia,
y agotada su elocuencia
en sermonear al hijo
sin conseguir que se enmiende,
le vigila con teson,
y en no muy buena reunion
una noche le sorprende.
—Infame! al fin te cogí,
exclamó el señor Armigo,
desobediente, mal hijo,
sal al momento de aquí.
—Pero, papá, dijo Pepe.
—No repliques; sigueme.
—Pero, papá, escúchame.
—No te espera mal julepe.
—Pues entonces no te sigo.
—Esto de la raya pasa.
—Nada, yo no voy á casa
para que allí hagas conmigo
las mas graves averias.
—Has olvidado ¡qué horror!
que de tu vida el autor
soy, y me debes tus dias?
—Que yo le soy en deber
mis dias? Pues claro está;
pero ¿y las noches, papá?
Don Pedro apretó á correr.

JOSÉ.

MÁLAGA

Pues, señor, me decido.

Hace tiempo que el director de este ameno semanario venía impulsándome á escribir revistas, pero yo, que me conozco, me negaba á ello.

La revista es un género de literatura especial, *sui generis*, que muchos ensayan, pero no siempre con éxito; porque la revista es una enciclopedia en que es menester saber un poco de todo: y mas que nada, saberlo decir.

Porque no basta decir una cosa, hay que saberla decir: el periodista describe sencillamente un hecho, el revistero tiene que darle formas nuevas.

Decid al *Lunatico* de «El Imparcial» que os hable de la cosa mas trivial y mas antigua del mundo, del gazpachuelo de huevo, por ejemplo, y lo hará en una forma tan nueva que cautivará vuestra atención.

Mi atrevimiento, pues, es bien grande; tanto mayor, cuanto que aprecio en su justo valor mis pocas condiciones para este encargo; pero válgame vuestra indulgencia, porque la cosa no tiene remedio.

He dado mi palabra y hay que cumplirla.

Una salvedad tengo que hacer en mi favor.

Mi misión es puramente gratuita.

Ni tengo butaca en los teatros ni la espero: nadie se ha de acordar de mí en el día de la boda ni para el bautizo del primer hijo; si me invitan para algo, será para un entierro ó para un duelo.

Pero esto no disminuye en nada mi entusiasmo, y pues ello ha de ser, sea en buen hora.

Hablar de Málaga y no hacerlo del último concierto de la Sociedad Filarmónica, es un crimen.

Yo, sin embargo, acepto la responsabilidad de mi culpa.

¿Qué podría decirlos que no lo supiérais ya por los periódicos locales?

Ah! sí, una cosa en la que seguramente no habeis fijado la atención.

«El Avisador Malagueño» ocupándose del último concierto dijo que «los alumnos tocaron en conjunto, para no prolongar demasiado la sesión».

Esto me trae á la memoria aquel pobre campesino que fué al teatro por primera vez, y que pudo sufrir que cantaran hasta duos y tercetos, pero no así los coros, pues al empezar el primero, gritó fuertemente desde su sitio: «Hé! poco á poco. Que cante cada uno cuando le toque, que para eso pago mi dinerol!»

Y ya que hablo de conciertos voy á decir una palabra sobre los del Liceo.

No me explico por qué se han de celebrar únicamente en el estío.

Mi amigo Gabardá dice que los profesores que en ellos toman parte tienen que asistir al teatro.

Esto es una verdad respecto á algunos, pero no para todos.

Ocon y Zambelli no están contratados en Cervantes. Además, en Málaga hay un nucleo muy notable de aficionados que podrian tomar parte en ellos.

Tentor, Franquelo, Gaeta, el niño Alonso; y muy

principalmente algunas señoritas comola de Gamez, Salinas, etc.

Tenga presente la Junta Directiva que son muchos los socios del Liceo que no se han abonado este año al Teatro, y que el Liceo cuenta con elementos propios para dar un concierto semanal.

Regino, Adámes, Corzanego y otros pueden prestar tambien su valioso concurso, puesto que nada mas fácil que combinar sus números con los entreactos de las zarzuelas.

Preocupese de esto mi excelente amigo Orozco-Boada en la seguridad de que han de ser muchos los plácemes que reciba, especialmente del elemento jóven, que se aburre, pero que se aburre de una manera sensible.

Yo lamento que la gente no vaya al teatro.

Y lo lamento tanto mas, cuanto que en Málaga no hay otra cosa.

De no ir al teatro ¿á donde se vá?

Verdad que la compañía no es de *primissimo cartello* y que los precios son un tanto elevados, pero ¿vaya V. á buscar otra cosa?

Y cuidado que yo soy refractario á la zarzuela. Lo digo esto ahora para que no se me venga luego nadie con reconvenciones. Las mejores zarzuelas me parecen malas.

Pero, que le hemos de hacer? no hay otra cosa, y entre quedarme en casa ó ir al teatro, prefiero lo segundo.

Allí siquiera se ve gente y se habla con ellas.

Y esto es lo principal.

Mucho se viene hablando estos dias de las probabilidades que hay de que un opulento y distinguido banquero abra sus salones en el presente invierno.

Todo puede ser digo yo, pues segun mis noticias se presenta una pequeña oposicion, fácil de vencer, es verdad, pero oposicion al fin.

Confíemos en que los oposicionistas cederán, y que al fin y al cabo valsaremos en casa de... tente lengua.

Ya conoceréis, lectoras apreciabilísimas, los amores de M... L... con C... L...

El se declaró en un concierto del Liceo: ella aceptó en el concierto de la Sociedad Filarmónica; y hoy estas relaciones tienen un carácter oficial.

Ambos se merecen: ambos son dignos el uno del otro: él guapo, elegante, simpático; ella, lindísima, esbelta, espiritual, con una eterna sonrisa, como los angeles del Correggio.

¿Qué mas puede desearse?

No quiero terminar mi revista sin hablaros de los toros.

El domingo próximo tendrá lugar la fiesta taurina con reses de Arribas hermanos, de Sevilla y dos matadores de cartel: *Chicorro* y *Hermosilla*.

El primero ha escrito á un distinguido aficionado de esta ciudad diciéndole que viene dispuesto á dar el salto de la garrocha y á banderillear con las de á cuarta; y el segundo á dar sus inimitables volapies.

Los toros no han escrito á nadie, pero me consta

que vienen dispuestos á darle una desazon al que se descuide, y particularmente á los caballos.

Os aconsejo, bellas lectoras, que vayais, pues la plaza va á estar muy concurrida y animada. El abono va tomando sus localidades, y los palcos, sobre todo, van á estar... al pelo.

GIBRALFARO.

X.

Llegó el momento terrible, pero deseado, en que la naturaleza me impuso sus leyes.

Las primeras claridades del alba vinieron acompañando á los primeros síntomas; y aun cuando quise mostrarme superior á los acerbos dolores que sentía, me fué imposible: me faltaban las fuerzas, y tuve que pedir auxilio.

Sudorosa, aterrada por mil imaginarios peligros; temiendo morir á cada instante, cogí el cordón de la campanilla y llamé á mi doncella.

Pocos minutos despues toda la casa se hallaba en conmocion: los criados reunidos y silenciosos corrian en busca del facultativo, de las medicinas adecuadas, que sé yo: mi madre, que habia acudido inmediatamente, daba órdenes sobre órdenes, y todos se apresuraban y todos se movian, y yo sola conservaba toda mi sangre fria, mordiendo violentamente un pañuelo para ahogar mis gritos y quejidos.

Habia prohibido terminantemente que se despertara á Ernesto, pues no queria molestarlo. Hacía poco mas de dos horas que lo habia sentido entrar de una reunion donde habia pasado la noche, y seguramente se hallaria en su primer sueño: di órdenes terminantes sobre esto á todo el mundo, esperando sorprenderlo cuando tranquilo y sonriente viniera á pedirme de almorzar.

Pero me equivoqué de medio á medio: en uno de los mas fuertes accesos, lo ví entrar pálido, ojeroso, y lleno de ansiedad y de cuidado, envuelto ligeramente en una bata. Se adelantó hacia mí, y cogiéndome una mano, me dijo con dulzura:

—¿Cómo no me has llamado, Maria?

—No queria incomodarte.

—Incomodarme! pues no faltaba mas. El ruido desusado á estas horas me despertó, y enseguida comprendí de lo que se trataba, y he acudido.

¡Cuan feliz me hacia Ernesto con sus palabras! No sabia como agradecerle aquel cuidado y aquel intenso amor.

—Valor, hija mia, siguió diciendo Ernesto, valor; eso pasa pronto: mira, coge mis manos; reclínate sobre mi hombro. ¿Cómo te encuentras? ¿Sufres mucho?

Y yo, vencida por el mal y sin poder articular una sola palabra, lo miraba fijamente para demostrarle todo el agradecimiento que sentía mi alma por tanto cariño y tanto esmero.

Ernesto habia pasado uno de sus brazos alrededor de mi cintura, mientras mi cabeza se apoyaba sobre su hombro; y en aquella posicion me parecia sentir con menos violencia los agudos dolores que me aquejaban. Me dirigia incesantemente palabras

de cariño y de amor, para infundirme ánimo, y con su pañuelo me enjugaba el copioso sudor frio que brotaba de mi frente.

Sufria con júbilo al ver tanta pasion y tanto sufrimiento á la par: porque Ernesto padecía seguramente tanto como yo: bastaba ver su rostro para comprenderlo así.

En esto entró el médico: un antiguo y sabio doctor, amigo de mi familia, y en cuyas manos vi yo la luz primera.

—Eh? eh? qué hay? qué ocurre? exclamó apenas entró en la alcoba, sin quitarse el sombrero y sin saludar á nadie. Eh? eh? gachitas? mimos? Fuera, fuera todo el mundo. En la guerra, como en la guerra. Una moza como un trinquete; con veinte años cumplidos; fuera, fuera digo, Maria no necesita de nadie. Ella se basta y se sobra.

Y tratándome como hubiera tratado á un pobre quinto en el campo de batalla, me colocó en la posición que juzgó mas adecuada, refunfuñando siempre.

—Eh? eh? y para esto despiertan á un hombre: vamos la humanidad está loca. Como si esto no marchara por sí solo.

Ernesto no habia querido abandonarme, sin embargo; puesto de pié á mi lado, me limpiaba el sudor con una mano, mientras me abandonaba la otra, que yo oprimia fuertemente.

Pasó una hora de sufrimientos horribles: por fin la naturaleza hizo su último esfuerzo y caí desvanecida.

Ernesto me apretaba entre sus brazos.

MARIA DE LA PAZ.

TODAS IGUALES...

Yo quiero mucho al periodista X..., pero me choca en él ese afán inmoderado que le domina por hablar y envanecerse de sus conquistas amorosas.

—En esto he de ser algo presuntuoso, decía una noche. Quince queridas he tenido, y de todas me he separado en la mejor armonía, sin que la mas leve infidelidad de ninguna de ellas, haya surgido en el tiempo de nuestras relaciones.

—Es posible!

—Como ustedes lo oyen.

—Puedes hacer una experiencia, le dijo el escéptico F... Anuncia en tu periódico este aforismo pesimista, aisladamente y con tu firma:

«Todas las mugeres nos engañan. Yo he amado á una sola, y me engañó con un teniente».

El aforismo apareció con las tres iniciales del periodista.

Al dia siguiente recibió quince cartas diferentes, que venian á decir poco mas ó menos:

«Yo creía que era V. un caballero. Porque mortificar á una pobre muger con el único error de su vida? Esto es infame».

Yo.

UN MALLAZGO

En cierta calle escondida
de esta bella poblacion,
encontré en una ocasion
una cartera perdida.
Todas sus hojas miré,
y en una de ellas grabadas
y por el llanto gastadas,
estas tres fechas hallé:

Dos de Enero.—La ví, la ví tan bella
del baile entre el confuso torbellino,
que al contemplar su rostro peregrino
sentí que el alma se me fué tras ella.
Ignoro por mi mal como se llama
y la impresion que en ella he producido,
mas al verla tan solo, he comprendido
que ya mi pecho con amor la amaba.

Febrero veinte y dos.—A Julia quiero
y ella tambien su amor me ha confesado;
con su cariño puro y verdadero
á mi constancia premio le ha otorgado.
Dicha inmensa me dá su amor profundo,
nada ambiciono, nada envidio hoy;
¡Mortal no puede haber en este mundo
tan venturoso como yo lo soy!

Veinte y cuatro de Junio.—Mi adorada
con otro hombre de mi lado huyó,
y sin ver mi pasion desenfrenada
á solas con mi llanto me dejó.

¡Adios por siempre la ventura mia!
¡Solo hallaré dolor y padeceres!
¿Quién en palabras de mugeres fia?
¿Quién fia en el amor de las mugeres?

Yo las tres fechas leí
y al acabar de leer
sin poderme contener
desdeñoso sonrei,
y con marcado egoismo
exclamé en voz lastimera:
«Yo tambien en mi cartera
podria escribir lo mismo».

UN GOMMEUX.

CRÓNICA INDUSTRIAL

He presenciado un hecho muy curioso en mi última visita á la Exposicion.

Hallábame en el *guichet*, al tiempo de entregar mi *cliché* al apuntador, cuando se presentó una señora para entrar, sacando de su tarjetero una fotografia que enseñó al empleado encargado de vigilar las entradas. Este respetable *funcionario* examinó alternativamente la señora y el retrato, y al cabo de

unos dos minutos, que sin duda le parecieron á la paciente dos siglos, pues más de 40 personas presenciaban el hecho, fuéle rehusada la entrada, so pretesto que parecia de quince años menos que su retrato.

Aguardaba yo el desenlace de dicha escena, cuando con impaciencia y algo confusa, explicó la señora lo que le habia pasado.

«Soy exponente en el salon dedicado á las modistas. Paso diariamente delante del mostrador de la *Société de hygiène française*, en que está expuesta la famosa *Agua Figaro*, que devuelve al cabello su color primitivo en dos dias. Habiendo blanqueado el mio prematuramente, he pensado:—Si es una coquetería el querer permanecer jóven el mayor tiempo posible, no puedo dispensarme de recurrir para ello al *Agua Figaro*, que eterniza la juventud y la belleza.—De ahí la diferencia que existe entre mi retrato, hecho hace ya algun tiempo, y el jóven semblante que debo al *Agua Figaro*».

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

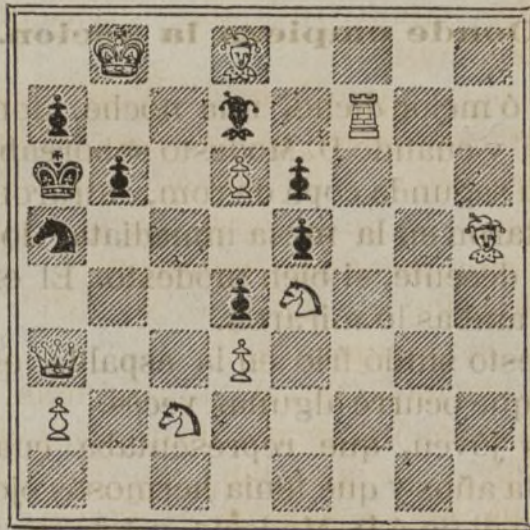
CADETE.

AJEDRÉZ

Problema número 10.

Por Mr. J. G. Campbell de Londres.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 9.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-T de 1 C á 1 R
2-D A ó C mate.

1-ad libitum.

SOLUCIONES EXACTAS.

Sres. D. B. Hernandez; D. R. Rodriguez; D. M. C. del R.; D. J. Rosado; D. N. de la Torre; D. A. G.

TRES ERAN, TRES...

BORRÓN A LA PLUMA

POR C.

(Continuación)

Terminada esta *faena*, pues no sé que otro nombre darle, sacaba D. Modesto su petaca y de ella un *veguero* del estanco, el cual encendía con todo esmero, y con el mismo fósforo prendía fuego al terron de azúcar que quedaba, el cual había sido bañado en rom de antemano; y cuando había desaparecido la azulada llama, falta de alcohol que la alimentara, lo mascujaba entre sus blancos y afilados dientes, con cierta fruición deleitosa.

Pero no paraba aquí el consumo de mi señor don Modesto. Media hora después de la operación que dejó referida, pedía una copa de rom, que desaparecía á pequeños sorbos en su ancho garguero. A las diez la emprendía con otra copa de rom, que bebía lentamente; llamaba al camarero, pagaba el gasto y daba su propina en el momento en que el reló señalaba las once. D. Modesto había abandonado la disciplina militar, pero no su esactitud.

Un día, sin embargo, todo cambió para D. Modesto; su existencia tomó un nuevo giro, y aunque no abandonó por completo sus paseos y lecturas, sus siestas y su café, todo sufrió una transformación, haciéndole imposible el método y la regularidad.

Pero vamos por partes, y no embrollemos el relato de esta verídica historia.

CAPÍTULO IX.

Donde empieza la acción.

Un día, ó mejor dicho, una noche, domingo por mas señas, y cuando D. Modesto saboreaba tranquilamente su segunda copa de rom, entraron en el café y se sentaron en la mesa inmediata, dos señoras de aspecto decente, si bien modesto. El ex-teniente las miró y ambas lo miraron.

D. Modesto sintió frío en la espalda: este es un fenómeno que ocurre algunas veces.

La mas jóven, que representaba cuando mas unos treinta años y que tenía hermosos ojos negros, estaba inmediata á D. Modesto, y éste no podía impedirle el mirarla á hurtadillas frecuentemente, ruborizándose hasta el blanco de los ojos, cada vez que su mirada se encontraba con la de su vecina.

Las dos señoras, que eran madre é hija, pidieron café, y mientras lo tomaban, comenzaron un diálogo en monosílabos, imposible de ser comprendido por otro que ellas.

Bien hubiera querido D. Modesto dirigirles la palabra, pero por mas que buscó y rebuscó en su mente una frase, le fué imposible encontrarla, y esto aturdió mas y mas al buen señor, que parecía estar sobre ascuas.

Cuando él menos lo esperaba, se le presentó la ocasión que venia anhelando.

La señora mayor llamó al camarero para satisfa-

cer el gasto, y al meter la mano en el bolsillo, se encontró con que le faltaba el porta-monedas: ó se lo habían robado en el camino ó se lo había dejado en casa.

—Jesus! Jesus! que compromiso, decia la señora mayor, toda azorada; sin dinero... y en un café donde no nos conocen, que van á pensar de nosotras!

Y el camarero, que estaba acostumbrado á estas y otras mayores, permanecía impasible delante de la mesa, esperando su dinero con la mayor sangre fria del mundo.

D. Modesto sudaba y trasudaba por las desconocidas, y hubiera querido á toda costa meter un duro en el bolsillo de la jóven, para evitarle aquel martirio, pero no sabía como arreglarse. Por fin, haciendo un esfuerzo sobre su natural timidez, dijo con voz entrecortada por la emoción:

—Permítanme Vds. señoras, que yo satisfaga este gasto.

—Ay! caballero, muchas gracias, pero V. no nos conoce siquiera...

—Eso es lo de menos por ahora; basta que ustedes se vean en un trance apurado, para que yo trate de ayudarlas.

Y así diciendo, abonó al camarero todo el gasto, más las propinas. Las dos señoras le dieron las gracias mas afectuosas y le pidieron las señas de su casa, para mandarle al día siguiente el dinero que había anticipado. D. Modesto se escusó como pudo, pero al fin tuvo que ceder, y como ya eran mas de las once, se dispuso á marchar, y las señoras hicieron lo mismo.

Pero aun no había concluido el protectorado de D. Modesto, de lo que D. Modesto se felicitó en extremo.

Al llegar á la puerta se encontraron con que llovía á cántaros. Ninguno de los tres tenía paraguas, y era de todo punto imposible salir á la calle con un tiempo semejante. D. Modesto propuso entrar de nuevo á esperar que calmara algun tanto el furor de las nubes, pero la señora mayor se opuso, diciendo que había tomado horror al café.

D. Modesto tuvo entonces una idea feliz: en aquel momento pasaba un *simon*; lo llamó, y ¡oh suerte inaudita! estaba desocupado, lo cual es muy raro en Madrid cuando llueve. Hizo entrar á las señoras, entró él tambien, dió las señas de la casa de aquellas damas, Leganitos, 128, y allá fueron empaquetados como sardinas de Nantes.

Las rodillas de D. Modesto iban cruzadas con las de la jóven; cada vaiven del carruage les imprimía una dulce presión, que le llegaba hasta la médula de los huesos: de pronto sintió moverse un pié que penetraba entre los suyos; D. Modesto lo oprimió dulcemente y el pié se estuvo quedo. D. Modesto comenzó á sentirse mal, y quizás hubiera sufrido un desmayo sin la oportuna llegada á la casa número 128 de la calle de Leganitos.

Allí comenzaron los ofrecimientos, y ambas exigieron al ex-teniente la promesa formal de que las visitaría en el día inmediato. D. Modesto así lo ofreció, y volviendo á meterse en el carruage, se hizo conducir á su domicilio.

(Continuará)



Jules David

Leroy, imp. r. des Marais, 66.

Ad. Goubaud & Fils Ed. 17 Paris



MALAGA

SEMANARIO ILUSTRADO

